

de las cosas pequeñas. Un mal de ojos parece ordinariamente que no es gran cosa; mas si continúa á pesar de los remedios, corre mucho riesgo de perder la vista. La negligencia de los deberes pequeños parece de poca consideracion; pero si despues de tantos medios saludables sin fruto alguno; si continua la negligencia y la tibieza; si violais vuestras reglas, vuestras prácticas de piedad sin remordimiento; si no reparais las consecuencias que pueden seguirse de esas frecuentes infidelidades en el servicio de Dios; si no os sentís movidos de las pequeñas faltas que son ordinarias en vosotros; si despues de tantas confesiones, comuniones y meditaciones sin enmienda y sin fruto estais tranquilos, temed caer en esta ceguera.

JUEVES CUARTO DE CUARESMA.

LA intencion de la Iglesia en todos estos dias ha sido el ocuparnos en la consideracion de una nueva vida, que Jesucristo puede procurarnos por su muerte. Esto es lo que la ha hecho elegir para las Epístolas y Evangelios de la misa de estos dos dias, asuntos propios para hacernos ver que él solo es el que vivifica y el que resucita.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 104, que es un cántico de accion de gracias por todos los beneficios de que el Señor habia colmado á la nacion Judia, y de los que hace aquí el Profeta un compendio. Fué compuesto por David con motivo de la traslacion del arca, desde la casa de Obededon al tabernáculo ú oratorio que se le habia preparado en Sion. Este salmo tiene por título esta palabra *alleluya*, que significa *alabad al Señor*. *Hallelu*, significa en hebreo *alabad*; y *ia*, el Señor. La misa comienza por estas palabras: *Regocijese el corazón de los que buscan al Señor. Buscad al Señor, y tened ánimo contra todos los accidentes de la vida; aplicaos constantemente á merecer sus miradas. Cantad sin cesar las alabanzas del Señor; invocad su nombre; haced conocer la grandeza y la excelencia de sus obras á todos los pueblos de la tierra*, y decidles que su misericordia prevalece sobre todo.

La Epístola refiere el milagro que hizo el profeta Eliseo resucitando el hijo de una mujer de Sunam, en cuya casa acostumbraba á hospedarse.

Pasando un dia Eliseo por la ciudad de Sunam, que no estaba lejos de la montaña del Carmelo, fué convidado á comer por una mujer que gozaba en aquella poblacion de una consideracion dis-

tinguida. Le habia instado con tanto agasajo, que todas las veces que pasaba por allí iba á hospedarse á su casa. Un dia le dijo ella á su marido: Me parece que este hombre que pasa tantas veces por aquí, es un hombre de Dios y un santo; amueblémosle un aposento, á fin de que esté cómodamente en él cuando viniere á visitarnos. Pongámosle en él una cama, una mesa, una silla y un candelero. Cierta dia que Eliseo estaba allí hospedado, dijo á Giezi, su siervo, que supiese de su hospedera lo que podria hacer por ella, en reconocimiento de todos los servicios que ella le hacia. Giezi le dijo que ella no tenia necesidad de nada, porque no tenia hijos ni cuasi esperanza de tenerlos. Habiéndola hecho llamar Eliseo, la predijo que tendria un hijo antes del fin del año. El suceso verificó la prediccion. El hijo creció hasta la edad de tres años, y habiéndose ido un dia á ver á su padre en tiempo de la cosecha, tomó una insolacion de la cual murió. Su madre, llena de confianza en las oraciones de Eliseo, llevó su cuerpo al aposento del profeta, le puso sobre su lecho, y sabiendo que Eliseo estaba entonces en la montaña del Carmelo, disimulando su afliccion, se fué allá. Habiéndola descubierto desde léjos el profeta, hizo á Giezi, su siervo, que la saliese al encuentro y supiese de ella si toda su familia lo pasaba bien. Ella, que no queria descubrir la muerte de su hijo mas que al profeta, respondió que toda estaba buena. Habiendo ella llegado, se echó á los pies de Eliseo, sin hablar mas que con sus lágrimas. Quiso Giezi retirarla, pero el profeta se lo impidió diciéndole que estaba afligida, no obstante que el Señor nada le hubiese dado á conocer. Luego que ella le dió noticia de la muerte de su hijo, dijo á Giezi que tomase su báculo, y que se fuese allá, con prohibicion de saludar á nadie en el camino: es este un modo de hablar figurado é hiperbólico, para indicar la diligencia con que debia hacerse el viaje. El Salvador del mundo, al enviar á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, les hace la misma prohibicion en el mismo sentido. El Hijo de Dios, dice S. Ambrosio, no prohíbe el cumplir los deberes de urbanidad, saludando á los que nos saludan: quiere solo hacernos comprender con qué diligencia debemos ejecutar lo que Dios pide de nosotros. Giezi partió; pero la madre afligida no quedó contenta, viendo que no partia tambien Eliseo. Volviendo Giezi, le dijo que habia puesto su báculo sobre la boca del niño, como se lo habia mandado; pero que el muerto no habia dado señal de vida. Habiendo entrado Eliseo en su aposento, encontró el cuerpo del niño tendido sobre su lecho, cerró inmediatamente la puerta, y oró al Señor; concluida su oracion subió á la cama y

se acostó sobre el niño; aplicó sus ojos sobre los ojos del niño, su boca sobre su boca, y sus manos á sus manos, y le calentó, dice la Escritura, con su propio calor; despues habiendo bajado del lecho, dió dos vueltas por el aposento: volvió á subir al lecho; se encorvó sobre el niño, el cual bostezó siete veces y abrió los ojos. Bien se ve que todo es aquí misterioso. La figura y el misterio se dejan ver en todas las circunstancias de este milagro. Resucitado ya el niño, el Profeta le volvió enteramente sano á su madre, la cual trasportada de alegría y de admiracion se echó á sus pies, acompañando con abundantes lágrimas sus humildes acciones de gracias.

La divina Providencia, dicen los santos Padres, quiso darnos en esta relacion tan especificada de circunstancias y de acciones, una figura del gran misterio de la inutilidad de la ley sola y de la necesidad de la Encarnacion del Verbo. El báculo de Eliseo, puesto por su siervo sobre el cuerpo del niño, dice S. Agustin y despues de él S. Gregorio y S. Bernardo, señalaba la ley de Moisés, que no podia por sí misma dar ni la vida ni la justicia á nadie. Era necesario que el mismo Eliseo, figura de Jesucristo, Señor de todos los que habian sido enviados para predicar esta ley, viniese por sí mismo y se encogiese, por decirlo así, en su Encarnacion, para ajustarse y proporcionarse al cuerpo del niño; esto es, de todo el género humano, que S. Pablo dice haber estado en la infancia bajo de la ley (*Ad Galat. 4.*): *Cuando éramos niños, son sus palabras, vivíamos como esclavos bajo de los primeros elementos que han sido enseñados al mundo. Pero cuando se han cumplido los tiempos, Dios ha enviado á su Hijo: hasta dicho tiempo estaba el género humano sin vida, sin fuerza, sin luz. El niño bostezó siete veces: algunos intérpretes traducen el hebreo, diciendo: estornudó siete veces. Algunos ven en estos siete signos de vida una figura de los sacramentos de la nueva ley, ó de los siete dones del Espiritu Santo en la ley de gracia.*

El Evangelio contiene la historia de la resurreccion del hijo único de una viuda de Naim, ciudad de Galilea, poco distante del monte Thabór.

El dia despues que Jesucristo curó al siervo del centurion, se fué á la pequeña ciudad de Naim, situada en un extremo de la baja Galilea. Seguíanle sus discípulos, y mucho pueblo atraido de sus instrucciones y de sus milagros; la Providencia proporcionaba todo esto, á fin de que hubiese un número mayor de testigos de la maravilla que debia hacer. A pocos pasos de la ciudad encontró un entierro; era de un jóven, hijo único de una



viuda, que habia muerto el dia precedente, y que llevaban á enterrar. Los llantos de una madre extraordinariamente alligida por la pérdida de su hijo que era todo su consuelo y toda su esperanza, movieron el corazon del Salvador; no pudo verla deshacerse en lágrimas y prorumpir en suspiros, sin que se moviese á compasion. No espera el Salvador que se le ruegue, siempre le enternecen nuestros males; ¡cuantas veces previene nuestras necesidades y se adelanta á nuestros deseos y á nuestras peticiones! Acercándose Jesus á aquella madre desconsolada, la dice que no llore. Despues llegándose al féretro y tocándole con la mano, ordena á los que le llevaban que se detengan, y dijo al muerto como Señor de la muerte y de la vida: Jóven, levántate, yo soy el que te lo mando. ¡Cosa admirable! el muerto oye aquella voz omnipotente y obedece á ella. Resucita, se levanta, se incorpora, recobra la palabra, sale del féretro, y despues de haber dado gracias á su bienhechor, corre á abrazar á su madre. De este modo convirtió el Salvador en lágrimas de alegría las lágrimas que el dolor hacia correr de los ojos de la madre, y por un milagro inesperado, con una sola palabra la vuelve á su hijo vivo. Todos los que fueron testigos de esta maravilla, quedaron poseidos de asombro y de un santo pavor, que les obligaba á exclamar con profundos sentimientos de admiracion y del reconocimiento mas vivo: En verdad tenemos entre nosotros el mayor profeta que se ha suscitado jamás. El Señor se ha dignado visitar su pueblo, enviándonos el gran Profeta que nos habia prometido, y hacer brillar á nuestra vista su omnipotencia.

Estos son los pasos que Dios da para mover, para convertir y para resucitar al pecador. Se acerca á él, aunque está muerto, y se conmueve; le hace oír su voz, ya por los remordimientos de la conciencia, ya por otras inspiraciones secretas: pasos sin embargo inútiles, si el pecador no responde á estas preparaciones, si los que le llevan, que le lisonjean, le seducen, no se detienen, esto es, si las pasiones no callan, para dejarle oír la voz interior del Salvador.

Los judios enterraban sus muertos fuera de las ciudades, y los sepultaban en cavernas abiertas en las rocas. Miraban los sepulcros como lugares manchados y como una tierra profana. Los cristianos por el contrario, seguros de la resurreccion, y presumiendo que muchos de aquellos cuyos cuerpos están enterados en los cementerios gozan de la bienaventuranza en el cielo, miran estos lugares con respeto y veneracion. Por esto se ponian los cementerios cerca de las iglesias, y se enterraban los

muerdos en los templos, lo que procede al parecer de que en otros tiempos se edificaban las iglesias sobre los sepuleros de los mártires.

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus : ut quos jejunia votiva castigant, ipsa quoque devotio sancta lætificet : ut terrenis affectibus mitigatis, facilius celestia capiamus. Per Dominum...

Concedednos, ó Dios omnipotente, que mortificando nuestros cuerpos con estos ayunos solemnes, experimentemos al mismo tiempo la alegría santa que inspira la piedad, á fin de que disminuyéndose el ardor de los afectos de la tierra, seamos mas capaces de gustar las cosas celestiales; por nuestro Señor, etc.

La Epistola está tomada del capitulo 4 del cuarto libro de los Reyes.

In diebus illis : Venit mulier Sunamitis ad Eliseum in montem Carmeli : cùmque vidisset eam vir Dei econtra, ait ad Giezi puerum suum : Ecce Sunamitis illa. Vade ergo in occursum ejus, et dic ei : Recutenè agitur circa te, et circa virum tuum, et circa filium tuum? Quæ respondit : Rectè. Cùmque venisset ad virum Dei in montem, apprehendit pedes ejus : et accessit Giezi ut amoveret eam. Et ait homo Dei : Dimitte illam : anima enim ejus in amaritudine est, et Dominus celavit à me, et non indicavit mihi. Quæ dixit illi : Numquid petivi filium à Domino meo? numquid non dixi tibi, Ne illudas me? Et ille ait ad Giezi : Accinge lum-

En aquellos dias, vino una mujer de Sunam á ver á Eliseo á la montaña del Carmelo, y habiéndola visto el hombre de Dios que venia á él, dijo á Giezi, su criado : Ves allí aquella Sunamitis, sadla al encuentro y dila : ¿Va todo bien en tu casa, tú, tu marido y tu hijo, lo pasais bien? A lo que ella respondió : Todo va bien. Habiendo llegado adonde estaba el hombre de Dios en la montaña, se abrazó á sus pies, y acercándose Giezi quiso retirarla. Mas el hombre de Dios le dijo : Déjala : su alma está llena de amargura, y el Señor me la ha ocultado y no me la ha dado á conocer. Entonces la mujer le dijo : ¿Os he pedido yo un hijo, Señor? ¿no os dije

bos tuos, et tolle baculum meum in manu tua, et cade. Si occurrerit tibi homo, non salutes eum : et si salutaverit te quispiam, non respondeas illi : et pones baculum meum super faciem pueri. Porrò mater pueri ait : Vivit Dominus, et vivit anima tua, non dimittam te. Surrexit ergo, et secutus est eam. Giezi autem præcesserat ante eos, et posuerat baculum super faciem pueri, et non erat vox, neque sensus : reversusque est in occursum ejus, et nuntiavit ei, dicens : Non surrexit puer. Ingressus est ergo Eliseus domum, et ecce puer mortuus jacebat in lectulo ejus : ingressusque clausit ostium super se, et super puerum, et oravit ad Dominum. Et ascendit, et incubuit super puerum, posuitque os suum super os ejus, et oculos suos super oculos ejus, et manus suas super manus ejus : et incurvavit se super eum, et calefacta est caro pueri. At ille reversus deambulavit in domo, semel huc atque illuc : et ascendit, et incubuit super eum : et oscitavit puer septies, aperuitque oculos. At ille vocavit Giezi, et dixit ei : Voca Sunamitidem hanc. Quæ vocata, ingressa est ad eum. Qui ait : Tolle filium tuum. Venit illa, et corruit ad pedes ejus, et adoravit super terram : tulitque filium suum, et egressa est, et Eliseus reversus est in Galgala.

antes bien, no me engaños? Eliseo dijo á Giezi : Cíñete, toma mi báculo en la mano y marcha. Si encontrases alguno en el camino, no le saludes, y si alguno te saluda no le respondas, y pon mi báculo sobre el rostro del niño. Mas la madre del niño dijo á Eliseo : Por el Señor y por tu vida que no te dejaré hasta que vengas conmigo. Púsose, pues, en camino, y la siguió Giezi; sin embargo habia ido delante de ellos y habia puesto el báculo sobre el rostro del niño, pero no le habia vuelto ni el sentido, ni la palabra. Habiendo, pues, salido al encuentro de su maestro, le dijo : El niño no ha resucitado. En seguida entró Eliseo en la casa y halló el niño muerto echado en su lecho; cerró inmediatamente la puerta quedándose dentro él y el niño, y oró al Señor. Después subió al lecho y se acostó sobre el niño; puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos y sus manos sobre sus manos, se encorvó sobre él y se calentó la carne del niño. Habiendo luego Eliseo bajado del lecho, se paseó y dió dos vueltas por el aposento, y volviendo á subir sobre el lecho, se acostó de nuevo sobre el niño. Entonces el niño bostezó siete veces y abrió los ojos. Eliseo inmediatamente llamó á Giezi, y le dijo : Haz venir á esa Sunamitis. Ella vino luego y entró en el aposento, y Eliseo

la dijo: Llévate á tu hijo. Aquella mujer se acercó á él, se echó á sus pies postrándose profundamente hasta la tierra, y habiendo tomado á su hijo se salió, y Eliseo se volvió á Galgala.

«Eliseo, profeta célebre, era hijo de Saphat, de la ciudad de Abel; era el discípulo y compañero inseparable de Elias, quien habiéndole encontrado labrando la tierra, le echó su capa sobre las espaldas, conforme al orden que habia recibido de Dios, y en el instante mismo profetizó Eliseo. Al desaparecer Elias le dejó el doble espíritu profético que él habia recibido de Dios, cerca de 895 años antes de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Déjala. Su alma está llena de amargura. Las aflicciones mudas son siempre las mas amargas: un dolor ruidoso se alivia con las lágrimas y con los gritos. Se sufre sin consuelo cuando se sufre en silencio, ó cuando se disimula el dolor. Entonces se sienten todas las punzadas de un espíritu alligido y de un corazón desabrido. ¡Qué tormento cuando es preciso devorar uno todos sus disgustos sin que la compasión los endulce! La parte que los parientes y los amigos toman en nuestras adversidades, las divide; pero cuando se disimulan estos sentimientos, se sufre toda su aspereza, el espíritu se abruma con ellos y el corazón nada en la amargura y se anega en ella, y ¡ó buen Dios! ¿qué estado mas infeliz, qué tormento? Tal es el triste estado de los mundanos. Poco es el gozo que hay en el mundo que no sea artificial, ninguno que no sea amargo y que no esté seguido de sentimientos y de arrepenimientos crueles: el dolor sucede siempre á la alegría. La alegría es un contento, una emoción del alma causada por un placer real y puro, ó por la posesión de un bien sólido que se goza. Si este placer es imaginario ó superficial, si este bien es falso ó vacío, la alegría es vana; á lo mas es un sueño agradable que regocija; pero por mas alegría que cause, el resultado no es mas que un sueño, y tan pronto como uno se encuentra despierto, se indigna contra sí mismo por haber reido durmiendo. Gentes del mundo, no son mas sólidos vuestros regocijos; pero los disgustos que les acompañan y la amargura en que están empapados no son superficiales. Vos-

otros los sabeis disimular, es verdad, y en este disimulo estriba vuestra felicidad presente; ¿pero tan poco cuesta el disfrazarse sin cesar? Se llora bajo de una máscara la mas risueña, y la tristeza concentrada deseca los huesos. Si á lo menos los dolores mudos, las amarguras interiores, las cruces invisibles, los disgustos secretos, pudiesen servir de alguna utilidad para la otra vida, ya se consolaria uno de la violencia que es preciso hacerse mientras dura ésta; pero las cruces invisibles de los mundanos son como la semilla de los suplicios y de los arrepenimientos infructuosos y eternos de la otra vida, gemir en el tiempo y todavía mas desdicha durante la eternidad. Confesemos que solo los que se dedican al servicio de Dios, solo las gentes de bien son las que pueden gustar de una alegría pura, de un contento lleno y sólido, de una verdadera felicidad aun en esta vida, gustando á los pies del Crucifijo un preludio de los gozos del cielo. Puede decirse en algun sentido que los unos y los otros están enmascarados, las gentes del mundo bajo de un exterior risueño, jovial, florido, ocultan pesares devoradores y una tristeza mortal; y las gentes de bien, los verdaderos siervos de Dios bajo de un aire recogido, de un exterior mortificado, de una modestia cristiana é inalterable, gozan de una paz dulce y deliciosa, gustan de dulzuras interiores que son inefables, y su alma está inundada de un torrente de alegría desconocido, incomprendible á los mundanos. Llegará un dia en que todo el mundo comprenda este misterio.

El Evangelio de la misa es de S. Lucas en el cap. 7.

In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Naim: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cum autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. Hi autem, qui portabant, steterunt. Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui

En aquel tiempo, caminaba Jesus á la ciudad de Naim, é iban con él sus discípulos y mucha gente. Cuando llegaba cerca de la puerta de la ciudad llevaban á enterrar un difunto, hijo único, cuya madre era viuda, á la cual acompañaba una numerosa multitud de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de compasión hacia ella: No llores, la dijo; y habiéndose acercado tocó el féretro. Los que le llevaban se detuvieron. Y dijo: Jóven, levántate, yo

erat mortuus, et cepit loqui. Et dedit illum matri suae. Accepit autem omnes timor, et magnificabant Deum, dicentes: Quia Propheta magnus surrexit in nobis: et quia Deus visitavit plebem suam.

te lo mando. El muerto se incorporó inmediatamente, y comenzó á hablar, y Jesus se lo entregó á su madre. Todos quedaron poseidos de admiracion, y publicaban las grandezas de Dios diciendo: Ha aparecido un gran Profeta entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

De la necesidad de prepararse para la muerte.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la necesidad de prepararse para hacer una muerte santa, es indispensable; ninguna cosa hay que sea de tanta consecuencia como la muerte; ninguna que sea tan difícil como una buena muerte, sobre todo para quien no se ha preparado á ella durante su vida. ¿Hay alguna cosa que sea tan irreparable como una muerte desgraciada? ¿Y hay sin embargo alguna para que menos se preparen que para hacer una buena muerte?

Si se muriese dos veces, seria menor la imprudencia en arriesgarse á morir mal una vez; podríamos reparar la falta, quedaríamos todavía en estado al mismo tiempo de hacer penitencia de una mala vida y de una mala muerte. Pero no se muere mas de una vez, y la eternidad bienaventurada ó desgraciada depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas háyamos trabajado para el cielo, cuanto mas santa haya sido nuestra vida, mas interés tenemos en acabarla santamente, para no perder el fruto de nuestros trabajos. Es verdad que una buena muerte es ordinariamente el fruto de una vida santa; pero no es menos cierto que una muerte en pecado aniquila todos los méritos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la vida mas santa no pueden respondernos de una buena muerte. Y no obstante esto ¿pensamos mucho en la muerte? ¿nos preparamos mucho para esta muerte? ¿y al ver nuestra indolencia sobre este artículo, no se diria que no hay cosa mas fácil ni mas ordinaria que el hacer una santa muerte?

Si no se necesitase para morir bien mas que recibir los últimos sacramentos, besar el Crucifijo, derramar aun algunas lágrimas, nuestra imprudencia seria tal vez menos intolerable; no es siempre difícil hallar un confesor zeloso y hábil que nos asista

en aquel último peligro; ¡pero cuántos que no han carecido de ninguno de estos auxilios han muerto en el pecado! Morir sobre la ceniza y bajo del cilicio, morir rodeado de sacerdotes y de santos religiosos es hacer una muerte edificante; pero no es precisamente en esto en lo que consiste una muerte santa. Hacer una buena muerte es morir despues de haber borrado todos los desarreglos de su vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fe viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente; es morir lleno de horror á todo lo que el mundo ama; es morir con un amor de Dios que sobrepuje á todo otro amor; ¿y es todo esto tan fácil á quien tan poco ha amado á Dios durante su vida? ¿á quien ha pasado toda su vida sin pensar en morir bien?

¡Cosa estraña! Debe uno presentarse en un teatro ó en un púlpito, debe uno dar alguna prueba de su habilidad y de su ciencia, y se pasan los meses, se emplean los años enteros en prepararse para ello, aun cuando la cosa sea de tan poca consecuencia; ¿y qué tiempo, buen Dios, se emplea mientras nos dura la vida para prepararse á la muerte, siendo así que esta preparacion pide todo el tiempo de la vida?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que nunca podrá uno prepararse demasiado para hacer bien lo que no puede hacerse mas de una vez, cuando de esta sola vez depende nuestro destino eterno.

Si fuese tan poco difícil el hacer una buena muerte despues de haberse preparado tan poco para morir bien, los santos hubieran hecho mal en haber hecho tantas diligencias y en haber empleado en esta preparacion toda su vida. ¿Para qué tanto ayunar, tanto orar y derramar tantas lágrimas? ¿Para qué privarse de todo comercio con el mundo para tener la ventaja de hacer una muerte santa, si sin todas estas precauciones, sin ningun preparativo se puede morir santamente?

Aquel jóven que en lo mas florido de sus dias renuncia á todo lo que mas le lisonjea y va á sepultarse en el claustro, ¿qué es lo que pretende sino disponerse á hacer una muerte santa? ¿Nos atreveríamos á negarle la alabanza, á no admirar su sabiduria y su resolucion? Y qué, mientras que nuestros hermanos, que nuestras hermanas, que nuestros amigos pasan sus dias en el retiro y en los rigores de la penitencia para prepararse á una muerte santa, para obtener la gracia final; ¡nosotros en medio del tumulto del mundo y de sus placeres, en un olvido eterno de esta muerte, en una ignorancia crasa de la preparacion para la

muerte, esperamos tranquilamente una muerte cristiana, esperamos estar preparados á la muerte y morir bien!

¿ Hay alguna cosa á que el Hijo de Dios, que preveía nuestra negligencia, nos haya exhortado tanto como á esta preparacion?

Velad, nos dice (*Mat. 25.*), porque no sabeis á qué hora debe venir vuestro Señor. Estad prontos, dice en otra parte, y velad en toda hora; porque en aquella que menos pensaréis, vendrá el Hijo del hombre. Por lo demás lo que os digo á vosotros, añade el divino Salvador, lo digo á todos. (*Marc. 3.*) Es preciso estar prontos á abrir en el momento que llame el Señor. (*Mat. 25.*)

Nadie hay que no convenga fácilmente en que hay necesidad de preparacion para morir bien; por esto se teme tanto una muerte repentina; pero al fin, ¿ qué es lo que produce este temor, y á qué preparacion nos ha obligado hasta el presente? Sin embargo, yo puedo morir dentro de pocas horas. Tan poco seguro estoy de que viviré mañana, como de que viviré diez años. ¿ Si estuviere hoy en el último dia de mi vida, estaria preparado para morir en este dia? ¿ Si muriese esta tarde, estaria preparado para ello? ¿ no tendria nada que temer? me estremece este pensamiento; ¿ pero quién me ha asegurado hasta aquí? y si no comienzo desde este momento á prepararme, ¡ qué sentimiento! ¡ qué desesperacion en aquella última hora!

No lo permitais, Señor, y pues que me dais á lo menos esta hora, desde esta hora, Dios mio, voy á comenzar á prepararme para morir bien y á pedirlos todos los dias la gracia para ello.

JACULATORIAS. — Hacedme comprender bien los pocos dias que tengo que vivir, para que no difiera ni un momento el prepararme para la muerte. (*Psal. 101.*)

Solo los que temen á Dios mientras les dura la vida, son los que deben esperar el hacer una muerte santa. (*Eccl. 1.*)

PROPOSITOS.

1 No es extraño que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que aprenden á morir bien. La buena muerte es una ciencia práctica que no se aprende sino durante la vida; es necesario estudiar mucho tiempo para hacerse hábil; un estudio precipitado no sirve muchas veces mas que para hacer conocer mas cuanto se ignora. La mejor preparacion para la muerte es una vida santa. Nuestra vida debe ser una continua preparacion para la

muerte. Cada dia debe ser para vosotros una nueva leccion y un nuevo ejercicio; preguntaos, pues, todas las noches qué progresos habeis hecho. Es una práctica de piedad muy útil el hacer uno todas sus acciones, como si fuesen otras tantas preparaciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones de su estado, las diversiones mismas, todo nos puede servir para hacer una muerte santa, cuando todo se hace con este espíritu. Nos importa mucho saber el arte de morir bien; aun cuando seamos hábiles en todo lo demás, es como si nada supiésemos si ignoramos este arte.

2 Además de esta preparacion general hay otras particulares que no se deben nunca descuidar. Primera elegid un dia todos los años, el cual consagraréis todo entero á este gran negocio. Os representaréis al despertar al soberano Juez que os dice estas terribles palabras: dame cuenta de lo que te he encargado; y examinaréis en una meditacion por lo menos de media hora, si vuestras cuentas están prontas. No salgais del aposento sin que hayais calculado y arreglado todo lo que os queda que hacer. No descuideis nada, mucho menos escuseis nada; teneis que haberlas con un Juez infinitamente ilustrado y que nada pasa, pero que se digna remitirse á vosotros mismos sobre todos los artículos. Haced una confesion que prevenga su juicio. Reglad los negocios de la conciencia, arreglad los de la familia. Qué imprudencia esperar á la última enfermedad para hacer la disposicion de vuestros bienes. Haz tu testamento, dice S. Agustin, mientras que tienes salud; mientras que sabes lo que haces; mientras que estás en tí y en libertad de disponer. Recibid la sagrada Comunion como si debiese ser la última de vuestra vida, y si puede ser, ejecutad vosotros mismos los legados piadosos. Id por la tarde á hacer oracion sobre vuestro sepulcro, ó al menos en la iglesia en que debeis ser enterrados, y donde estaréis espuestos algun dia á la vista del pueblo. Empleaos en lecturas propias del objeto de esta piadosa práctica, y no os ocupeis en todo este dia mas que en el negocio de vuestra salvacion. No es mucho un dia todos los años; el retiro de un dia cada mes es tambien una práctica excelente para prepararse á la muerte. Cada semana debe tener el suyo, y no paseis dia alguno sin hacer algun ejercicio piadoso, que sea una preparacion mas marcada para morir bien. Tened algun libro que enseñe á prepararse para la muerte. Al fin del segundo tomo del Retiro de un dia en cada mes, encontraréis muchas prácticas al intento.